

Sócrates y los gatos o el teatro como una forma de expiación

Verónica Bujeiro



ELENA GARRO VIVIÓ A CABALLO entre la gloria y la opulencia, el olvido y la miseria. Extremos derivados de su compleja existencia llena de obsesiones y esa visión tan personal sobre la historia de nuestro país, elementos que sin duda definieron el universo literario que la caracteriza y permearon su personalidad hacia la frontera con el personaje.

Sobre su testamento de obra correspondiente a la dramaturgia mexicana, en donde se destacó por su vuelta de tuerca al costumbrismo reinante de mitad del siglo xx mediante ambientes escénicos en donde primaban situaciones absurdas y soluciones fuera de toda lógica a los conflictos de los personajes —motivo que le acuñó el mote de teatro surrealista o simbólico—, aparece un colofón publicado cinco años después de su muerte bajo el título de *Sócrates y los gatos*.

Si bien fue escrita en 1974 —aunque algunas fuentes la ubican en 1969—, el motivo de su publicación tardía es la complicada materia que aborda, puesto que más que leerse como una obra dramática es un documento inquietante que expone diversas tramas que apuntan hacia una capa exterior a la ficción y que constituyen parte de la leyenda y el personaje que Elena Garro hizo de sí misma, pues narran su polémica vivencia dentro de los trágicos acontecimientos que marcaron el año de 1968 en México.

La obra puede resumirse como la historia de persecución y huida de Verónica y Lely, madre e hija respectivamente, quienes se refugian en la casa de huéspedes de una antigua criada de la familia, María, con motivo de la acusación que se ha hecho en contra de la madre por el Sócrates del título como presunta líder de un movimiento estudiantil que amenaza con desestabilizar el orden político reinante, pues todo parece ser

un complot fraguado por comunistas. La declaración de inocencia por parte de Verónica ante tal injuria le vale ser protegida por personas del gobierno quienes piensan utilizarla como informante y por ello la mantienen escondida. Durante este encierro, Verónica expresa abiertamente su ideología con respecto al movimiento estudiantil y la política de la época, al mismo tiempo que ata cabos sobre el pasado de la casa que las alberga, puesto que todos sus parientes al parecer han muerto a manos de María. La hija Lely, mientras tanto, se preocupa por sus mascotas, pues sabe que son el objetivo por el cual pueden vulnerarlas dada la inconmensurable importancia que tienen en sus vidas. A este cuadro se unen diversos personajes que trastocan el frágil estado de las mujeres, desde la recamarera que patea sus abrigos de pieles por rencor social, pasando por el niño Félix, un hábil espía quien las ayudará a dilucidar los planes e intrigas que se fraguan en su contra al interior de la misma casa, pues Echauri, un viejo comunista español y amante de María, también intenta sacar información a Verónica sobre el supuesto complot para ayudar a su propio movimiento, en donde se encuentran involucrados guerrilleros guatemaltecos que se hacen pasar frente a las mujeres como veterinarios. El envenenamiento de las mascotas será la acción que provoque una escalada en la locura y tormento de madre e hija, así como un avance entre los actos, perola fuerza policiaca que las custodia en el exterior distará de hacer algo por ellas al resumir, a la par de la trama dramática, que la protegida no les funciona como informante porque sufre de un intenso *delirio de persecución*. Abandonadas a su suerte, Verónica y Lely escapan arrebatadamente de la casa no sin dejar a María con un surreal cargo de conciencia por todas las

muerres que provocó en el pasado y a las que se suman las de los inocentes felinos del título.

La pieza conserva todas las señales del estilo de Garro, como los cándidos diálogos en donde el sueño y la creencias religiosas dan indicios sobre realidad, personajes marcados por su jerarquía social y sino histórico, la memoria como un negativo fotográfico del presente, etcétera, pero en este territorio se presentan como meros artificios que no logran sostener la máscara detrás de la pluma que escribe los diálogos.

Para quienes reparamos en su existencia a mediados de los noventa —dado su publicitado regreso a México tras un largo exilio impuesto aparentemente por una *vendetta* de su exesposo Octavio Paz—, *Sócrates y los gatos* abre una lectura inquietante sobre el pasado de la autora, cuyo vínculo, de algún modo accidental, pero adverso, con los acontecimientos del movimiento estudiantil de 1968 nos revelan a un personaje complejo y contradictorio, cuyo imaginario se desdobló más allá de la página.

Hay en la obra literaria de Garro un claro interés por desentrañar el peso histórico que todos los mexicanos cargamos como producto de una colonización prolongada en nuestra conciencia, nuestras costumbres y divisiones sociales, y que se manifiesta en un complejo de culpa, en el rencor social o en la afirmación certera de que la clase privilegiada determinará por siempre el rumbo de la historia. La misma autora vivió atribulada en esta contradicción toda su vida, pululando entre la aristocracia intelectual y diplomática en la que convivió en los años con Paz, a la vez que mostraba un interés y presencia activa dentro de la lucha campesina por el reclamo de tierras, en donde protestaba a un lado del campesinado ataviada con un abrigo de pieles.

La autora apoyó comprometidamente esta causa y en su vocación de justicia y cambio para los campesinos de México, llegó a vincularse en los años sesenta con el político Carlos Madrazo Becerra, militante del PRI, que disentía de la ideología del poder y pretendía formar su propio partido como una opción a la hegemonía reinante, relación que impactó a la autora a tal grado que lo incluyó en algunas de sus obras como *Matarazo no llamó*. Fue este vínculo el que, se dice, llamó la atención de los estudiantes que se manifestaban en 1968 y por ello invitaron a la autora a algunas de sus asambleas con la intención de acercarse a su vez a dicho personaje.

A partir de la experiencia con los estudiantes, Garro escribió una disertación pública sobre el tema llamada “El complot de los cobardes”, en donde concluía que el movimiento estudiantil no era más que el vehículo de un complot comunista, en el que varios intelectuales estaban involucrados, tenía por objetivo desestabilizar al país y se descartaban de tajo las demandas de los jóvenes y su poder de decisión: “Si los estudiantes se tomaran el trabajo de estudiar su caso, descubrirían a quien están sirviendo y que de estudiantes se han convertido en borregada o acarreados”.¹

Pese a las controvertidas declaraciones publicadas en agosto de ese año, días después de la masacre del 2 de octubre, Garro y Madrazo fueron inculcados como líderes del movimiento estudiantil por Sócrates Campus Lemus, miembro del Consejo Nacional de Huelga. Garro contraatacó a la acusación señalando directamente a varios intelectuales, académicos universitarios y escritores como los auténticos líderes, manipuladores

¹ Elena Garro, “El complot de los cobardes”, *Revista de América*, México, 17 de agosto de 1968, número 1182, pp. 20-21.

de la frágil voluntad estudiantil y reales culpables de la violencia, declaración que le ganó el repudio absoluto del gremio, que celebró el mote de “la cantante del año” asignado por el escritor Carlos Monsiváis.

Helena Paz Garro, hija y eterna comparsa, con quien experimentó una auténtica *folie á deux*, se unió al ataque por medio de una carta pública dirigida a su padre, en donde reclamaba el conocido gesto de renuncia a la embajada de la India como protesta a los acontecimientos.

Fue tal el escándalo y la ignominia en la que se sumieron madre e hija por sus palabras que comenzaron a recibir amenazas y a esconderse bajo el amparo y protección del Estado, como consta en un archivo desenterrado en 2006 por el IFAI que corrobora su reclutamiento como informantes.

A este periodo corresponde la acción temporal de *Sócrates y los gatos*, pues efectivamente se guarecieron en la casa de huéspedes de María Collado, nana de Garro, y sus amadas mascotas fueron víctimas de un envenenamiento para amedrentarlas. También es verdad que la Secretaría de Gobernación perdió interés en ellas por el auténtico delirio de persecución que la misma Elena Garro confesó sufrir por las constantes amenazas. Sin embargo, y como ella afirmó, los encarcelamientos y desapariciones de los personajes clave del movimiento ya habían entrado en vigor para entonces.

Es ante el terror por la muerte “accidental” de Carlos Madrazo, en 1969, que las mujeres deciden huir definitivamente de México y su suerte en el extranjero oscila entre la ocasional ayuda, dada su filiación a la cultura mexicana, y la penuria económica por su latente inutilidad laboral. La fama ganada por Garro como autora también sufre estragos en México, pues

sus libros son descatalogados con intención de desaparecerla del mapa. No cabe duda que aquellas palabras y acciones proferidas en 1968 se convirtieron en una carga funesta durante todos los años de exilio, carga que se hizo patente en el notorio desgaste físico y mental que ambas mostraron en su regreso a México dos décadas más tarde.

Los paralelismos entre realidad y ficción que presenta *Sócrates y los gatos* retan a una lectura que no transcurre sin resucitar esta controversia. Los motivos de Elena Garro para escribirla y su publicación póstuma a cargo de Helena Paz muestran una clara necesidad de explicarse ante los hechos y las acusaciones que, sin embargo, no encuentran una redención ni la posibilidad de una lectura abierta a una sencilla exégesis, pues ya desde sus diálogos es muy difícil desasociar a la madre y a la hija reales, cuyas opiniones no distan de los hechos y denotan una pobre conciencia de clase que desemboca en un miedo delirante ante la “toma del poder por los comunistas”.

Con cierta justicia, el investigador Armando Partida Tayzan afirma en el prólogo que esta es una obra “polisémica”, dado que los niveles de significación intrínseca la tornan un documento por demás interesante en donde realidad y ficción luchan por sostener una coherencia que apunta directamente a esa herida abierta en la historia de México.

Sócrates y los gatos —cuya escenificación jamás se ha conseguido y su publicación no superó la primera— sobrevive en las sombras como un testimonio en clave dramática sobre la infausta vivencia de una autora cuyo pasado, al parecer, la perseguirá *in saecula saeculorum*, tal y como sucede con los personajes de su reconocida y celebrada obra literaria. ■■